

NOTAS

Desarrollo sostenible: la sobriedad como clave para la implantación de una ecología integral¹

Susana de Sousa Vilas Boas²

¿En qué pensamos cuando hablamos de desarrollo? Posiblemente se piense en progreso, crecimiento y, cuando se aplica a las instituciones, crecimiento económico y aumento de los beneficios. En las últimas décadas, las asociaciones mentales han cambiado un poco cuando lo que se pretende es el llamado “desarrollo sostenible”. En este caso, se piensa casi inmediatamente en la cuestión ecológica y muy especialmente en la autosostenibilidad de los recursos. Sin embargo, esta nueva dimensión del desarrollo no está exenta de la tentación y la seducción de las ideas de desarrollo vinculadas al crecimiento financiero y/o al deseo de obtener mayores beneficios y rentabilizar los recursos. Poco a poco, la cuestión ecológica queda relegada a la teorización o reducida a la imposición de ciertos comportamientos que, en lugar de conducir a un cambio del paradigma actual de desarrollo, justifican estilos de vida institucionales y personales que nada tienen de ecológicos. A menudo, el reciclaje de materiales se convierte en un apaciguamiento de conciencias ante los grandes retos ecológicos a los que nos enfrentamos hoy en día.

Sobre cómo nos afectan los comportamientos y cómo estos pueden manipularse o abandonarse fácilmente, el filósofo MacIntyre presenta la distinción entre acción y comportamiento. MacIntyre vincula la acción a la esencia humana, es decir, a

¹ Este texto se corresponde con la conferencia impartida en el Día del Desarrollo 2023 de la Universidad Loyola Andalucía (15 de febrero de 2023).

² Facultad de Teología, Universidad Loyola Andalucía, svilasboas@loyola.es, <https://orcid.org/0000-0002-9937-4226>. Este texto se corresponde con la conferencia impartida en el Día del Desarrollo 2023 de la Universidad Loyola Andalucía.

aquello que es una manifestación de lo humano como tal. El comportamiento, en cambio, se entiende como algo extrínseco al ser humano, algo aprendido que este, sin perjuicio de su identidad humana, puede elegir realizar o no.³ Llegados a este punto, quizá sea importante preguntarnos si lo que queremos en nuestra Universidad es fomentar una acción ecológica o si sólo se trata de la adopción de nuevos comportamientos. En términos visuales y de opinión pública, los comportamientos tienen una dimensión más inmediata. Sin embargo, si la Universidad es vista como una institución formativa, más que como una mera mediación para el suministro de contenidos académicos, entonces el desarrollo sólo puede estar marcado por la acción, la única que tiene al ser humano en su centro. En este caso, los resultados no serán inmediatos y el camino será largo. Sin embargo, una vez emprendido este camino, no solo nos enfrentaremos a la posibilidad de un desarrollo sostenible, sino también a la sostenibilidad institucional y humana. Aquí, el comportamiento surgirá como manifestación de la esencia humana y no como respuesta a una norma impuesta.

Una dimensión mayor que se abre en este campo es la certeza de que la “casa común” no es solo el espacio planetario o el lugar donde se mueve cada ser humano. La “casa común” es la propia humanidad. Partiendo de este principio, el cuidado de la casa común será, en primer lugar, el cuidado de todo lo que nos hace humanos: proteger la humanización de nuestras acciones y, por tanto, de nuestro comportamiento; el cuidado de las relaciones humanas; y el ejercicio de la ética del cuidado como estilo de vida y forma de expresar la humanidad que nos habita. Partiendo de estos principios que sitúan la humanidad del ser humano como respuesta a la problemática ecológica, se abren las puertas a una ecología de la responsabilidad y, en consecuencia, a una ecología de la esperanza. Dos dimensiones a trabajar desde una visión sobria, no sólo de la problemática ecológica en sí misma, sino también de la realidad social en la que hoy vivimos.

La sobriedad como paradigma

Dado que el problema ecológico se ha tratado mayoritariamente como algo extrínseco al ser humano, hemos asistido a una especie de esquizofrenia social. Para muchos, el deseo de desarrollo y crecimiento económico y social es un fin que

³ Cf. MACINTYRE, “Freedom and Revolution,” *Labour Review* 5, N. 1 (February–March 1960): 19–24.; Cf. Christopher STEPHEN LUTZ, *Reading Alasdair MacIntyre’s After Virtue* (USA: Continuum, A&C Black, 2012), 12–17.

justifica todos los medios. Para otros, la destrucción de los ecosistemas se encuentra ya en una situación irremediable, por lo que lo urgente es crear nuevas formas de vida para garantizar la continuidad de algunas especies (incluida la humana). Se podría considerar que estas formas de pensar mayoritarias no resuelven el problema ecológico, pero tampoco causan mayores problemas. Sin embargo, lo que hemos estado presenciando es que estas perspectivas conducen a decisiones que tienen un fuerte impacto en millones de seres vivos, tanto humanos como no humanos. Las posturas extremas que parecen marcar los debates ecológicos van desde una defensa radical de la protección del mundo natural, aunque ello pueda conducir a la miseria y a la ruina económica y social, hasta lo contrario, que persigue un mayor progreso y crecimiento económico. Los informes de los grandes encuentros ecologistas oscilan entre estas dos posiciones, como si fuera imposible pensar en la cuestión ecológica sin tener que elegir entre salvaguardar la naturaleza y el crecimiento de los mercados financieros. Como afirma Naredo, debemos tener en cuenta que "la pretensión de avanzar hacia un mundo social y ecológicamente más equilibrado y estable sin cuestionar las actuales tendencias expansivas de los activos financieros, los agregados monetarios y la mercantilización de la vida en general es algo tan ingenuo y desinformado que raya en la estupidez."⁴

Los paradigmas actuales de explotación de la tierra y falta de respeto por la vida parecen ganar terreno. El bien común parece convertirse en sinónimo de bien individual y nada parece apuntar a la aparición de un paradigma alternativo. Los planteamientos dominantes, que postulan el desarrollo económico a cualquier precio y aparecen como generadores de una cultura de destrucción y muerte, no conocen adversarios dignos y, poco a poco, se van apagando las voces en defensa de una ecología integral, donde el ser humano se humaniza y humaniza su relación con todo lo que le rodea. Será el momento, por tanto, de reflexionar sobre cómo conseguir, dentro de nuestra Universidad, fomentar y formar una cultura ecológica en la que la defensa y salvaguarda de la naturaleza natural se desarrolle de la mano de los principios del desarrollo económico.⁵ Entrar en un paradigma de sobriedad significa reconfigurar nuestras acciones para que un nuevo paradigma –creíble, sostenible y duradero– se implante tanto dentro como fuera de los muros de nuestros campus universitarios. Sólo bajo el signo de la sobriedad es posible analizar la realidad, tanto desde la perspectiva de los ecosistemas como

⁴ NAREDO, J. M. *Raíces económicas del deterioro ecológico y social. Más allá de los dogmas*. (Madrid: Siglo XXI de España Editores S.A., 2006), 106.

⁵ Cf. NAREDO, J. M. *Raíces económicas del deterioro ecológico y social. Más allá de los dogmas*. (Madrid: Siglo XXI de España Editores S.A., 2006), 99.

teniendo presente y como objetivo el desarrollo de las sociedades. Esta toma de conciencia y esta metodología conducirán a la constitución de nuevos estilos de vida, nuevas formas de actuar y un desarrollo humano capaz de cimentar una cultura ecológica sin que ello signifique una paralización del progreso o la ruina de los mercados financieros.⁶

Romper con los paradigmas vigentes significa atreverse a pensar y vivir algo nuevo. Intentar salvar o recuperar modelos de viejos esquemas puede conducir, a corto o largo plazo, a una equiparación entre desarrollo y crecimiento, que desencadenará un conjunto de acciones, desconectadas de la esencia misma de la naturaleza humana y, en consecuencia, a dejar atrás el proyecto de desarrollo sostenible.⁷ A este respecto, véase, por ejemplo, lo que ocurre con muchos de los llamados “movimientos ecologistas”. A menudo pretenden trabajar la ecología desde una perspectiva concreta. Las corrientes feministas aspiran al cuidado ecológico en el plano del respeto entre los seres humanos; los movimientos verdes buscan salvaguardar los ecosistemas naturales; y muchas otras tendencias, desde una perspectiva concreta, tratan de dar respuesta a los problemas ecológicos. Sin embargo, asistimos a un estrechamiento cada vez mayor de la reflexión y a una reducción progresiva de las reflexiones a un solo aspecto de la cuestión ecológica. Poco a poco, los argumentos se radicalizan y hacen oídos sordos a los de otros movimientos ecologistas.⁸

Si bien la contribución de estos movimientos es innegable, la atención prestada a la problemática ecológica a menudo parece desviarse del principio de sobriedad. Cuando esto ocurre, la aplicación del paradigma ecocultural sufre un retroceso, que incluso lleva al descrédito de sus argumentos. La sobriedad abre la puerta a la

⁶ Cf. LUENGO, E. (coord.) *Las alternativas ciudadanas para otros mundos posibles: pensamiento y experiencias*, Guadalajara: ITESO, 2014, 16.

⁷ Cf. SANTOS, B.; RODRÍGUEZ, C.. “Introducción. Para ampliar El canon de la producción.” *Producir para vivir. Los caminos de la producción no capitalista*. Boaventura de Sousa Santos (coord). México: Fondo de Cultura económica D. F., 2012, 41.

⁸ Cf. e.g. SHIVA, Vandana. *Staying Alive; women, ecology and development*. (London: Zed books, 1988); Shiva, Vandana; Irene Dankelman. “Women Maintaining the Food Schain; a case study of India”. In: *Nord-Süd Aktuell*, 3 Quartal (1990): 373–375; SHIVA, Vandana; Irene DANKELMAN. “Women and Biological Diversity”. In: David COOPER A.O. (eds), *Growing Diversity, Genetic Resources and Local Food Security* (London. Intermediate Technology Publications, 1992).

Cf. ELBERS, J. *Ciencia holística. Para el buen vivir: Una introducción*. Centro Ecuatoriano de Derecho Ambiental (CEDA). Serie Transiciones, Lina Herrera y Polyp (Quito: Manthra Editores, 2014).

creación de un espacio de convivencia sano, compartido y abierto a la solidaridad. Reducir la problemática ecológica a aspectos concretos de la misma es entrar en la lógica del crecimiento y abandonar progresivamente el principio del desarrollo sostenible. El bien común tan deseado, y que debería ser el motor de la forma de vivir la cuestión ecológica en la Universidad, no puede presuponer un exceso de *tener*, sino un 'exceso de *ser*'. Más que entrenar o planificar una acción académica cuyo objetivo sea *tener más dinero o más derechos*, es necesario implementar y planificar una acción académica cuyo objetivo sea *ser – ser más humano y ser más con los demás*. Sólo asumiendo una sobria reflexión y vivencia de todos los aspectos que son propios de la humanidad, es posible incrementar esa cultura ecológica que no se quede estancada ante los avances y retos de la tecnología y los mercados financieros. Sólo así será posible no estar sometidos al miedo al 'no crecimiento' y, en consecuencia, a la resignación fatalista de que el planeta está irremediablemente abocado a la destrucción.

Ecologizar las relaciones: humanizar la vida institucional

Desde el paradigma de la sobriedad estamos llamados a ecologizar nuestras relaciones. A menudo, la división formal entre relaciones institucionales y personales parece equivaler a pensar y gestionar las relaciones institucionales como si no tuvieran que ser también relaciones humanas. De hecho, las relaciones institucionales, desprovistas de humanidad, nunca podrán ser ecológicas ni, en consecuencia, conducir a la acción ecológica. Pueden imponer un ritmo de comportamiento ecológico –como preocuparse por reciclar los residuos–, pero no conducirán a una acción de respeto por la naturaleza. Por ello, no es de extrañar que, muchas veces, dentro de nuestras estructuras académicas existan lugares para separar la basura, pero no exista una preocupación por asegurar que esa basura va a pasar efectivamente por un proceso de reciclaje. Una vez más, podemos estar ante el apaciguamiento de las conciencias: yo separé la basura, así que cumplí con mi parte y no me importa si los mecanismos municipales funcionan o si el personal de limpieza es capaz de llevar esa basura a un punto de reciclaje público. Por tanto, nuestro comportamiento estará desligado de nuestra acción y de toda la responsabilidad inherente a lo que hace que lo humano sea humano.

Del mismo modo, si nuestras relaciones institucionales sólo tienen por objeto la producción o el cumplimiento de los deberes laborales, estas, a corto o largo plazo, se convertirán en comportamientos mecanicistas, desarraigados de toda expresión humana. El trabajo debe hacerse con profesionalidad, pero eso no puede significar

que pueda hacerse de forma inhumana. Una ecología integral tiene en cuenta la dimensión relacional del ser humano. De hecho, cuando el Papa Francisco, en *Laudato Si'*, habla de una ecología integral, esta se entiende siempre en un sentido relacional, ya que esta integralidad implica que se trata de la vivencia de "una ecología que, entre sus distintas dimensiones, incorpore el lugar peculiar del ser humano en este mundo y sus relaciones con la realidad que lo rodea" (*Laudato Si'*, n.º 15). Por su parte, la filósofa Hannah Arendt afirma que "la Tierra es la quinta esencia de la condición humana"⁹, argumentando que el ser humano, al separarse de su dimensión natural –de la naturaleza, de la que forma parte y de la que es cuidador–, lleva a cabo una automutilación en la medida en que se niega a sí mismo la posibilidad de ser humano. Con esta conciencia, *Laudato Si'* propone una nueva mirada sobre la realidad herida por la destrucción: lo que está en juego no es la aniquilación progresiva de la atmósfera, de las aguas o de la tierra, sino el exterminio progresivo de lo que es ser humano, algo que, como un efecto de bola de nieve, conduce gradualmente a la implosión del planeta. La llamada a la acción del Papa Francisco se dirige, por tanto, a la familia humana y no a los grupos ecologistas y/o a la comunidad política. Estos están sin duda llamados a actuar, pero más que por un principio teórico y/o gubernamental, por un principio humano.

Todo lo humano no es indiferente. La apatía y la inercia no son constitutivas del ser humano integral. Por el contrario, es en la medida en que analiza, juzga y actúa que la persona revela su naturaleza. En este sentido, automatizar el comportamiento, mediante la tecnología, la ciencia o mecanismos no humanos, no resuelve el problema ecológico, sino que lo agrava en la medida en que automatiza la extinción de la esencia del elemento de la naturaleza cuya misión es precisamente salvaguardarla.

Mi visión más optimista de nuestra Universidad no es pensar que, hoy o dentro de unos años, tendremos la universidad más avanzada tecnológicamente o la universidad con más estudiantes. Lo que me haría verdaderamente feliz sería pensar que tenemos y tendremos la Universidad más humana, no la que reúne al mayor número de estudiantes, sino a los mejores estudiantes, mejores no porque tengan una inteligencia superior, sino porque tienen una excelencia humana por encima del resto. Sólo humanizando las relaciones institucionales, nuestras acciones y nuestra planificación estratégica de forma sobria, podremos converger hacia un desarrollo ecológico acorde con el desarrollo humano y académico.

⁹ Hannah ARENDT. *Condição Humana*, (Lisboa: Relógio d'Água, 2001), 12.

Más allá de la supervivencia: recorrer caminos de esperanza

Cinco años después de *Laudato Si'*, el Papa Francisco recuerda en su Exhortación Apostólica Postsinodal *Querida Amazonia* (2020) que

una ecología integral no se conforma con ajustar cuestiones técnicas o con decisiones políticas, jurídicas y sociales. La gran ecología siempre incorpora un aspecto educativo que provoca el desarrollo de nuevos hábitos en las personas y en los grupos humanos. (...) No habrá una ecología sana y sustentable, capaz de transformar algo, si no cambian las personas, si no se las estimula a optar por otro estilo de vida, menos voraz, más sereno, más respetuoso, menos ansioso, más fraterno” (Querida Amazonia, n. 58).

El énfasis de la Exhortación Apostólica no está sólo en la llamada a detener la destrucción de los ecosistemas, sino a detener la destrucción de la esencia y de la naturaleza humanas. Al mismo tiempo, el Papa recuerda la responsabilidad de una educación ecológica. Nuestra Universidad reitera las palabras del Papa al asumir la misión de “crear pensamiento para el mejor y mayor servicio de la humanidad, formar hombres y mujeres para los demás, comprometidos con los problemas del mundo, y hacer de toda su actividad un lugar de fructífero dialogo y encuentro en el que personas de diferentes culturas, creencias e ideologías puedan vivir una vida inspirada y comprometida con los demás y con la creación.”¹⁰ Aceptar esta tarea es, por tanto, planificar y poner en práctica un camino y un estilo de vida ecológicos capaces de reconfigurar el modo de vida de todos los que forman parte de esta Comunidad Académica. Esto sólo será posible si todos entramos en un proceso personal y comunitario de humanización de lo que somos y de las relaciones que mantenemos. Al mismo tiempo, se trata de un camino que sólo puede emprenderse si contemplamos de forma no fatalista la destrucción del planeta y las consecuencias del calentamiento global que ya estamos sufriendo. Necesitamos urgentemente dar una respuesta a la situación climática actual, pero esta solo puede ser eficaz y duradera si es, ante todo, una respuesta a la cambiante condición humana, de la que todos estamos sufriendo ya las consecuencias.

A menudo, por las noticias de los periódicos y aquello que observamos a nuestro alrededor, parece que todo está perdido o en un proceso incontrolado de destrucción. Sin embargo, el ser humano no es el que lucha por sobrevivir, sino el que se atreve a ir más allá. Si el ser humano es el cuidador de la naturaleza es porque alberga en sí mismo la esperanza y la humanidad necesaria para implantar una cultura de la vida y no solo una cultura de la supervivencia. Es en respuesta a esta

¹⁰ UNIVERSIDAD LOYOLA. “Identidad y misión. Los valores de la Universidad Loyola” in <https://www.loyola.es/universidad/quienes-somos/identidad-y-mision>.

naturaleza humana que estamos habitados por una profunda esperanza que, como don recibido, es capaz de guiarnos en favor de la vida y multiplicarse en vida abundante (Jn 10,10). Se trata de una esperanza que va más allá de cualquier vana expectativa de crecimiento inmediato. En ella se integra la naturaleza humana y lo mejor que la persona es y puede ser. Así pues, se trata de un largo viaje, pero que no tiene nada de fatalista. Es más bien un proceso que da autenticidad y cumplimiento a las palabras de nuestro Rector cuando dice "la Universidad Loyola es una universidad para todos, donde todos los que se reconocen en el esfuerzo constante y en la búsqueda de la excelencia, profesional y humana, tienen un sitio."¹¹

¹¹ Gabriel PÉREZ ALCALÁ. "Bienvenidos a la Universidad Loyola" in <https://www.uloyola.es/universidad/quienes-somos/bienvenida>.